

echaba en cara como maestro de la Escuela, al gran Lucio: decíase que era demasiado amable, que en medio de su benevolencia no podía dirigir con enérgica mano el importante plantel que le estuvo encomendado, y sin embargo, allí está su obra. Los que veneramos su memoria, queremos hacer resaltar aquello que sus adversarios llamaron el punto débil de su vida: su bondad y su dulzura. Rafael Lucio, siguiendo con ojo inteligente las evoluciones sublimes de la ciencia, en esta época de vertiginosa actividad, adoptó nuevos textos, organizó las materias de enseñanza, aconsejó implantar nuevas cátedras y supo conservar el orden interior de la Escuela, no imponiéndose jamás á los alumnos como un superior, sino hablándoles como un amigo. Podrá haber errado: ¿quién puede aspirar á la infalibilidad? Pudo haberse equivocado alguna vez, pero no á sabiendas, porque en aquella conciencia austera no cabía *ni la sombra de la falta*. . . . .

Muere el ilustre médico por haber sufrido una gran pérdida, la de su inolvidable compañero y pariente el Sr. Dr. D. Francisco Ortega; esto aprontó su muerte, y cae herido por la terrible Parca que lo hundió en la tumba, como ensañándose en contra del eminente sabio.

¡Duerma en paz el esclarecido Maestro! Las generaciones médicas que él ha formado se inclinarán con veneración ante su tumba, porque en ella brillará siempre la llama eterna del genio; en cuanto á la sociedad mexicana, le acordará en su memoria el envidiable saludo que, más allá de la eternidad, acompaña á los varones ilustres.

La Sociedad Médico-Farmacéutica Mexicana y la redacción de «La Voz de Hipócrates,» honraronme al instituirme su representante como orador en esta velada, que al recuerdo de Lucio se consagra; colocan por mi conducto la flor inmortal del recuerdo, sobre el mármol que cubre las cenizas del Laennec Mexicano.

FRANCISCO PATIÑO.

---

### POR EL CUERPO MEDICO MILITAR.

SEÑORES:

Son tantos y tan altos los títulos de Lucio á nuestros homenajes, que sería vana y quimérica la pretensión de enumerarlos y analizarlos todos. Su noble figura se presentará á los ojos de la posteridad agradecida como esos grandes monumentos del arte antiguo majestuosos é imponentes, cualquiera que sea el punto desde el cual se les contemple, y que vistos de arriba, parecen cubrir todo el horizonte, y vistos de abajo parecen llenar todo el espacio.

Maravillosa fué su estructura mental y simétrico y proporcionado el des-

arrollo de sus facultades; pero algo más grande y trascendental hay que admirar en él, y es la fecunda aplicación que de ellas hizo á la consecución de un fin inmenso.

Quien vea en Lucio tan sólo al ciudadano honrado, al clínico eminente, ó al filántropo infatigable, sufre ese inevitable efecto de perspectiva, en cuya virtud todo lo que es grande sólo presenta á nuestra vista uno de sus aspectos, ocultando los demás y acaso los más importantes.

Yo, señores, meditando profundamente sobre la parte que Lucio ha tomado en el progreso de la Medicina Nacional, analizando sus peculiares inclinaciones y estudiando su carácter, he llegado á considerarlo como un apóstol y como un campeón: apóstol del método experimental en Medicina, y campeón de la enseñanza práctica ante los extravíos y los desmanes de la enseñanza teórica.

Más que una ciencia, vió siempre en la Medicina un arte, le exigió preceptos y no conceptos, estuvo siempre del lado de los hechos contra las hipótesis y del lado de las realidades contra las ilusiones. Fué siempre un infranqueable valladar frente á la creciente y temible invasión de la especulación abstracta, y batalló sin tregua por inculcar una medicina empírica, es verdad, pero esencialmente práctica en la que el diagnóstico, casi silogístico, el pronóstico casi matemático, y la terapéutica casi infalible, ocupaba el lugar preferente, y casi absorbía el tiempo y el trabajo. Medicina poco brillante, es cierto, pero altamente útil; arte que nos veda casi completamente las justas académicas, pero que nos permite medirnos cuerpo á cuerpo y con ventaja con la enfermedad y con la muerte, á la cabecera del enfermo.

Bien sé que muchos y eminentes espíritus han reprochado á Lucio esta actitud severa y esta línea de conducta que fué siempre la suya; pero al hacerlo, desconocen, en mi concepto, por completo las condiciones de medio y de circunstancias que nos son peculiares y que hacen peligrosa para nuestro espíritu como para nuestra vida práctica, la invasión amenazadora de la teoría. Nuestra imaginación, latina y tropical, es un ave de poderoso é incansable vuelo que necesita plomo en las alas para no remontarse á las altas regiones y asfixiarse en su enrarecida atmósfera.

El exceso de ideal que ha de fecundar antes de mucho nuestras letras y nuestras artes, ha esterilizado nuestra vida práctica. La utopía que nos ha extraviado en economía y en política, pudo habernos descarriado en filosofía, y Barreda corrigió este extravío, y pudo asimismo extraviarnos en medicina, y Lucio rectificó nuestra viciosa dirección.

Púsose frente á frente de las generaciones jóvenes, sedientas de generalizaciones, casi siempre prematuras y anhelantes de concepciones superiores, las más veces injustificadas, las hizo descender desde los espacios ima-

ginarios adonde no se encuentran obstáculos porque se camina en el vacío, hasta las asperezas y tortuosidades de la realidad, la forzó á abandonar las bibliotecas y á frecuentar los hospitales, y gracias á este afán constante y á esta labor no interrumpida, durante su largo y fructuoso profesorado, logró formar una generación circunspecta, prudente y eminentemente práctica que inicia ya la edad de oro de la Medicina Nacional. A igual distancia del mezquino empirismo y de la ambiciosa teoría, ni se esclaviza á los hechos ni se deja seducir por las hipótesis, y conserva entre ambas tendencias opuestas una posición media esencialmente estable y progresiva.

Bien sé que Lucio ha sido tachado de empírico; pero hay una injusticia real en ese cargo. Téngase en cuenta que tenía que refrenar los ímpetus de una juventud arrebatada, y que el fanatismo en un sentido, sólo se combate con el fanatismo en el sentido opuesto.

Pero Lucio en el fondo sentía como todos y comprendía mejor que muchos, cómo el progreso científico es imposible sin las teorías, que enlazando y sistematizando los hechos, facilitan los descubrimientos y las aplicaciones.

Lucio no repudió jamás la generalización que manejaba con maestría, pero oponía inexorablemente su veto á toda hipótesis espuria que pudiera extraviar ó viciar el criterio de sus discípulos; y así como se profesa que el temor de Dios es el principio de la sabiduría teológica, él profesaba que el temor de la hipótesis es el principio de la sabiduría práctica.

¡Oh, si en el orden filosófico, en el político, en el social, la conducta de Lucio hubiera sido la regla entre los pensadores, cuánto más serena y majestuosa hubiera sido la marcha del progreso humano! ¡Cuánto tiempo, cuánto trabajo, cuánta sangre y cuántas lágrimas se hubieran economizado, y cuánto más sólidas é imperecederas serian las conquistas de la civilización!

Y es satisfactorio ver que se hace cumplida justicia á un hombre que pudo haber pasado injustamente como una medianía á los ojos del vulgo, que se paga más del brillo que de la solidez, y más de la amplitud de las proporciones que de las maravillas de la estructura.

Era forzoso que todos los que le comprendemos y le admiramos, y somos innumerables, contribuyéramos á evidenciar sus méritos para presentarlo, especialmente á la juventud estudiosa, como un modelo de todos los atributos intelectuales y de todas las dotes morales que debe poseer el que aspira llamarse médico.

Nada tiene de extraño que el Cuerpo Médico Militar, obligado por la naturaleza de su misión á girar perpetuamente en la órbita de una medicina esencialmente práctica, y á medirse con sus inmensas dificultades, haya

creído que era de su deber, al tomar parte en esta solemnidad, revelar al grande hombre bajo uno de sus más interesantes aspectos, tanto más, cuanto que la Corporación que en estos momentos represento, se cree, más que otra alguna, obligada para con la memoria de Lucio, por el carácter eminentemente práctico de su enseñanza, que tantas veces le ha allanado el camino y le ha facilitado el cumplimiento de su penosa y difícil misión.

MANUEL FLORES.

---

### POR LA SOCIEDAD FILOIÁTRICA.

#### SEÑORES:

El último de los discípulos de Rafael Lucio se atreve á ocupar hoy la tribuna. No busquéis en su lenguaje galana ropa, está desnudo; no esperéis elocuencia en quien jamás la ha tenido; pero si áridas son sus palabras, si colorido les falta, el fuego de amor hacia el maestro, el respeto á su memoria, tendrán que purificarlas antes de que broten de los labios, dándoles sinceridad á falta de belleza.

Pocos meses ha que la sociedad mexicana sintió estremecerse por rudo golpe: uno de sus hijos más queridos se había ausentado para siempre. El atleta científico, único resto de ilustradas generaciones y testimonio vivo de su grandeza, desapareció también. La herida no puede cicatrizar jamás: está un hogar vacío, la cátedra desierta, las Academias de luto; la savia del dolor sigue brotando, y cuando ante pesar tan inmenso las Sociedades, las Escuelas, los sabios se reúnen aquí para honrar una memoria y deplorar una ausencia, la Sociedad Filoiátrica, por mi humildísimo conducto, viene á hacerse presente en este concurso de abundantes lágrimas. ¡Ella ha perdido á su presidente honorario perpetuo, y tiene un lugar en esta sesión de amargo luto!

El año de 1882, la sociedad que fundara hace diez y siete años Lauro Jiménez, formada como siempre, por alumnos de la Escuela de Medicina, nombró al Sr. Lucio su presidente. Se temía que por las ocupaciones de tan respetable persona no aceptara el nombramiento; pero lejos de esto, admitió con gusto ese nuevo cargo, y desatendiendo otras ocupaciones y no obstante su delicada salud, se dedicó á la Sociedad Filoiátrica, reanimándola del letargo en que se hallaba. A la sombra de su calor científico se produjeron opimos frutos. Con su particular modestia nunca quería hablar las cuestiones magistralmente; admitía la discusión con sus alumnos, y no pocas veces les pedía su parecer. Durante su presidencia en la Filoiátrica, se hizo un reglamento, se abrieron varios concursos, se protegieron